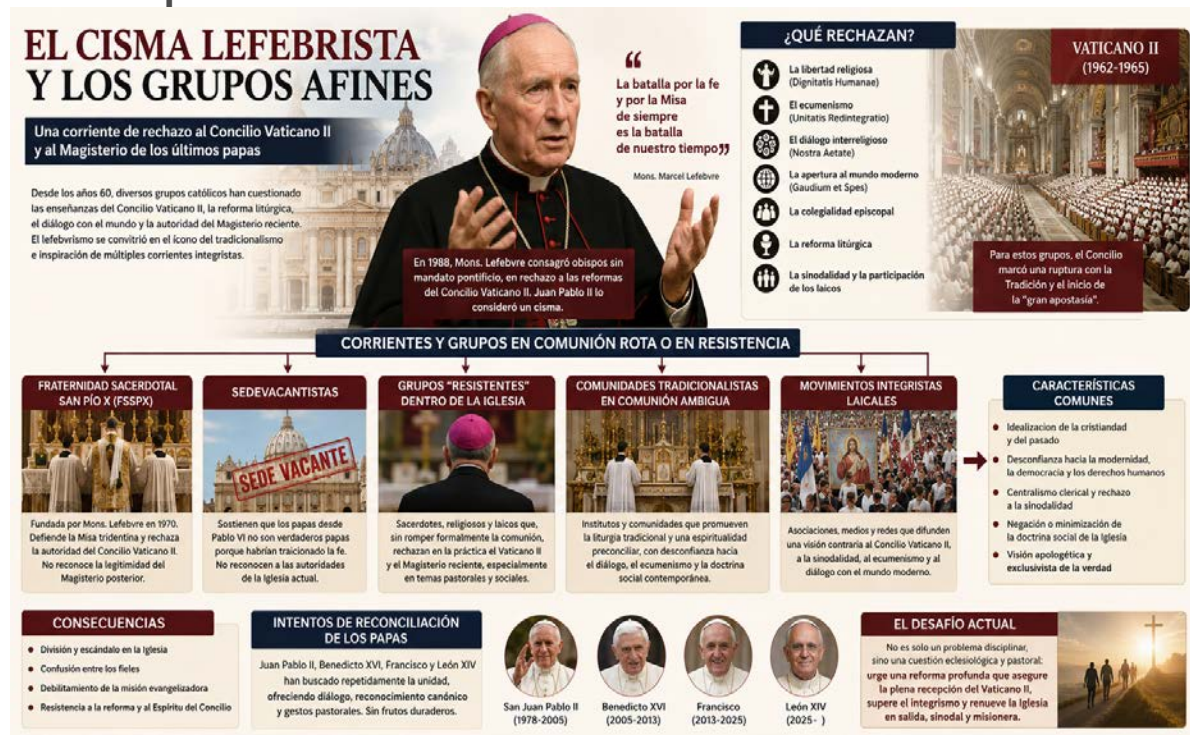


Cisma lefebriano: el Vaticano II pendiente

La persistencia del integrismo revela que el desafío no es únicamente disciplinario, sino la recepción incompleta del Concilio Vaticano II y de la renovación impulsada por los últimos pontífices.



[Guillermo Jesús Kowalski](#)

05 jul 2026 - 12:04

El desafío de superar el integrismo para renovar la comunión eclesial

Sesenta años después de la clausura del **Concilio Vaticano II**, la pregunta es **hasta qué punto ha sido verdaderamente recibido por toda la Iglesia**. Ningún concilio ecuménico ha transformado la vida eclesial de un día para otro. También Trento necesitó generaciones para consolidarse. Sin embargo, el Vaticano II presenta una particularidad histórica: **por primera vez un sector significativo del tradicionalismo convirtió el rechazo Concilio en su identidad religiosa**.

El **lefebvrismo** no es solo un conflicto disciplinario o litúrgico. Representa una determinada comprensión de la Iglesia, de la Tradición y de la autoridad. Su influencia es mayor que la **Fraternidad Sacerdotal San Pío X**, es **un símbolo para muchos sectores integristas** que continúan considerando el Vaticano II como una ruptura con la auténtica identidad católica.

El problema no reside únicamente en quienes han roto la comunión “legal” con Roma. Más complejo es quienes **permanecen jurídicamente dentro de la Iglesia, pero reciben selectivamente el Magisterio desde un punto de vista integrista**, aceptando aquello que confirma sus convicciones y relativizando aquello que las cuestiona. Esta situación requiere y una renovada recepción del Concilio.

I. El lefebvrismo como icono del integrismo contemporáneo

El lefebvrismo no surgió aislado. Sus raíces se hunden en el integrismo desarrollado durante los siglos XIX y XX como reacción frente al liberalismo, la secularización y la desaparición del modelo de Cristiandad. Esa corriente tendió a identificar la fidelidad al Evangelio con una forma histórica concreta del catolicismo, especialmente el **Concilio de Trento**.

No leen los documentos conciliares como *Dignitatis Humanae*, *Nostra Aetate*, *Unitatis Redintegratio* o *Gaudium et Spes* como un desarrollo orgánico de la Tradición, sino como una ruptura con ella. La libertad religiosa, el diálogo ecuménico, la apertura al mundo contemporáneo y la colegialidad episcopal son negados.

El lefebvrismo terminó convirtiéndose en **un referente simbólico mucho más amplio que la propia Fraternidad San Pío X que acaba de ordenar obispos cismáticos**. Numerosos grupos sedevacantistas, movimientos tradicionalistas y diversas corrientes integristas han encontrado en él una bandera común: la esperanza de restaurar una Iglesia de **Cristiandad preconiliar**.

A pesar que los sucesivos pontificados rintentaron preservar la unidad eclesial, **las fracturas internas se profundizaron**, dando lugar a nuevas divisiones y a una creciente fragmentación del universo integrista.

Esto muestra que el conflicto ya no es simplemente disciplinario. **La cuestión de fondo es eclesiológica**. Cuando un grupo niega un concilio ecuménico y el Magisterio ordinario de varios pontificados, el problema deja de ser la liturgia o determinadas reformas pastorales, es otra iglesia.

II. Una recepción incompleta del Vaticano II

Su visión tiene metástasis en comunidades, movimientos, asociaciones, medios de comunicación, seminarios y sectores del clero que **no rechazan formalmente el Vaticano II, pero lo vacían de contenido mediante una recepción parcial o selectiva**.

Esta resistencia suele manifestarse en aspectos muy concretos.

No se asume la **Doctrina Social de la Iglesia**, especialmente en cuestiones como la justicia social, la acogida de los migrantes, la crítica a la economía de la exclusión, la opción por los pobres o la ecología integral. Tampoco tienen interés hacia el diálogo ecuménico e interreligioso impulsado por el Concilio y desarrollado por los pontificados recientes.

Mayor es la resistencia a la **sinodalidad**, participación corresponsable de todo el Pueblo de Dios. Para muchos sectores integristas, la recuperación de la colegialidad episcopal y de la participación de los laicos supone una amenaza al modelo fuertemente clerical postridentina. Si a la doctrina

social la vilipendian como “comunismo”, a la participación la denominan “protestantización”.

En este contexto pueden entenderse conflictos recientes, como el protagonizado por las conocidas **monjas de Belorado, el instituto del Verbo encarnado, Lumen Dei, Heraldos del Evangelio, Miles Christi**, así como otras expresiones de resistencia que, sin desembocar necesariamente en un cisma formal, dan vueltas para reconocer la autoridad efectiva del Magisterio cuando este propone caminos de renovación. Varios movimientos y organizaciones están “en capilla” esperando que las reformas de sus estatutos sean aprobados por Roma.

Más preocupante son las **formas de oposición silenciosa**. En algunos ambientes eclesiales apenas se estudian o difunden las enseñanzas sociales y pastorales de los últimos pontífices. Documentos fundamentales sobre fraternidad, sinodalidad, diálogo con el mundo, reforma eclesial o cuidado de la creación se pasan por alto en la formación ordinaria. **No se niegan explícitamente, pero tampoco se conocen e integran en la vida de la Iglesia.**

Esta situación revela que el Vaticano II continúa siendo **escasamente asimilado**. Su verdadera recepción requiere reformas institucionales y conversión de las mentalidades.

Es decisivo comprender que **la Tradición no es la repetición inmóvil de una época histórica**, sino la transmisión viva del Evangelio bajo la guía permanente del Espíritu Santo. Como enseñó **John Henry Newman**, el desarrollo auténtico no contradice la verdad revelada; la despliega y la hace fecunda en nuevas circunstancias históricas.

Conclusión: una renovación que no puede seguir esperando

La Iglesia del siglo XXI necesita completar la recepción del Vaticano II. Así como el Concilio de Trento respondió admirablemente a los desafíos del siglo XVI; el Vaticano II tiene que abrir caminos para la evangelización en un mundo plural, secularizado e interdependiente.

Por ello, la renovación pendiente no consiste en excluir personas ni en alimentar nuevas polarizaciones, sino en **afirmar con claridad que el Vaticano II es la Iglesia católica contemporánea**. No es una opción entre otras ni una simple sensibilidad pastoral. Es un concilio ecuménico recibido por el Magisterio universal y desarrollado por los sucesivos pontífices.

Ello exige una formación más sólida del clero y de los laicos, una recepción más profunda de la Doctrina Social de la Iglesia, una decidida superación del clericalismo, un compromiso efectivo con la sinodalidad y una pedagogía eclesial capaz de mostrar que **la apertura al diálogo, el ecumenismo y el encuentro con el mundo no constituyen concesiones a la modernidad, sino expresiones del dinamismo misionero del Evangelio.**

Solo una Iglesia que asuma con serenidad toda su tradición —desde los Padres hasta el Vaticano II y el Magisterio reciente— podrá evitar tanto la nostalgia paralizante como la improvisación rupturista. **La verdadera ortodoxia nunca ha consistido en refugiarse en un pasado**

idealizado, sino en dejar que el Espíritu siga conduciendo a la Iglesia hacia la plenitud de la verdad prometida por Cristo.

León XIV y el desafío de los lefebvrianos: Sinodalidad o Tradición

"El talante conciliador que se ha mostrado hasta ahora con los partidarios de Lefebvre contrasta con la hostilidad hacia el Camino Sinodal de los obispos alemanes"

Rafael Narbona 03 jul 2026 - 11:02

El arzobispo francés Monseñor Marcel Lefebvre fundó en 1970 la Fraternidad Sacerdotal San Pío X para expresar su rechazo a los cambios introducidos por el Concilio Vaticano II. Lefebvre repudió la posibilidad del diálogo con otras religiones con el argumento de que solo eran falacias, formas de idolatría u obras del demonio. En su opinión, la salvación estaba reservada a los que aceptaran los dogmas y la autoridad de la Iglesia Católica. Con el resto, solo cabía invitarlos a la conversión y advertirles que sus almas se condenarían si no daban ese paso. Una vida recta y un corazón sincero no servían de nada, si no se comulgaba con las enseñanzas de Roma.

Según Lefebvre, la libertad religiosa constituye una aberración y las leyes civiles deben subordinarse a la moral cristiana. Impartir misa en lenguas vernáculas y de cara los feligreses escarnece el sentido original de la Eucaristía, cuyo único fin es evocar el sacrificio de Cristo. Lefebvre opinaba que el espíritu de la Ilustración y los valores de la Revolución francesa (Libertad, Igualdad y Fraternidad) se habían infiltrado en la jerarquía y podrían llevar a la destrucción de la Iglesia. Por ese motivo, aconsejaba desobedecer, rebelarse contra las reformas del Concilio Vaticano II, que atentaban contra la Tradición y la voluntad de Dios.

En 1988, Juan Pablo II excomulgó a cuatro obispos ordenados por Lefebvre, pero en 2009 **Benedicto XVI, tan implacable e intransigente con la Teología de la Liberación, revocó las excomuniones** para propiciar un diálogo y en 2015 Francisco otorgó a los sacerdotes de la Fraternidad Sacerdotal San Pío X la facultad de absolver los pecados y celebrar matrimonios, siempre y cuando los autorizara el obispo de la diócesis. Incluso se reconoció a los superiores de la Fraternidad la potestad de actuar como jueces de primera instancia en casos específicos de disciplina interna.

En la misma línea, León XIV se mostró dispuesto a abrir un diálogo formal sobre los textos del Concilio Vaticano II, con la única condición de suspender las ordenaciones de obispos previstas. Sin embargo, el pasado 1 de julio la Fraternidad consagró a cuatro nuevos obispos en Écône, Suiza, y la Santa Sede solo pudo responder con un decreto formal de excomunión, que implica la anulación del derecho a realizar confesiones y officiar matrimonios.

El talante conciliador que se ha mostrado hasta ahora con los partidarios de Lefebvre contrasta con la hostilidad hacia el Camino Sinodal

de los obispos alemanes, cuya solicitud de que los laicos, hombres o mujeres, pudieran pronunciar las homilias se ha rechazado tajantemente. **Esta doble vara solo aleja a la Iglesia Católica de la sociedad.**

La reciente visita de León XIV a España ha puesto de manifiesto que el humanismo cristiano no puede estar más alejado de la nueva derecha. Prevost ha condenado el genocidio de Gaza y la guerra de Irán, ha denunciado la insolidaridad del Primer Mundo con los inmigrantes y ha manifestado su preocupación por el poder de los tecno-oligarcas, los señores feudales del siglo XXI. Mientras 24.000 personas mueren de hambre al día, los multimillonarios presumen de sus fortunas acumuladas con maniobras abusivas o se involucran en políticas inhumanas, como Elon Musk, que impulsó y ejecutó un drástico recorte a la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID), lo cual ha provocado hasta la fecha más de 750.000 muertes, principalmente de niños en regiones vulnerables. Un estudio publicado por la revista *The Lancet* estima que el desmantelamiento completo de la agencia podría causar entre nueve y catorce millones de muertes adicionales para el año 2030. De esas víctimas, casi cinco millones serían niños menores de cinco años. Es decir, 700.000 muertes infantiles evitables cada año.

Adela Cortina sostiene que hay una fuerte convergencia entre la Doctrina Social de la Iglesia (DSI) y los valores la socialdemocracia. Ambas priorizan la protección de los más vulnerables (“nadie debe quedar atrás”) y la erradicación de la pobreza y la desigualdad social. Asimismo, destacan el valor intrínseco de la persona frente a la ambición desmedida de un capitalismo desregulado y abogan por un Estado del bienestar que garantice los servicios básicos, sin obstaculizar la iniciativa individual. A pesar de estas importantes afinidades, la Iglesia sigue lanzando guiños a una derecha que se revuelve contra ella cada vez que exige respeto a los derechos humanos, solidaridad, paz y justicia social. Para los sectores más conservadores, ser católico se reduce a la oposición al aborto, la eutanasia, la homosexualidad y el preservativo. Cuando el Papa dice o hace algo que molesta o incomoda, como bendecir a homosexuales y transexuales, pedir la acogida de los inmigrantes que huyen de la guerra o la miseria o apoyar el multilateralismo, el fervor se convierte en desdén y hostilidad.

Los ardientes defensores de la infalibilidad papal han llegado a degradar a Francisco a “ciudadano Bergoglio” o incluso a rezar por su muerte. Al inicio de su pontificado, León XIV despertó la simpatía de la derecha por gestos como ponerse la muceta roja y la estola, pero su enfrentamiento con Trump, que le ha llamado “débil”, “fracasado” y “complaciente con la izquierda radical”, ha truncado ese idilio. Los discursos de Prevost en España, que ha censurado la cultura patriarcal, la segregación y la estigmatización de los inmigrantes (“una abyección anticristiana”) y la “descalificación permanente del adversario”, ha acentuado el desengaño de los que esperaba un pontífice conservador.

En la serie *Las abogadas*, que recrea las peripecias de Manuela Carmena, Cristina Almeida, Paquita Sauquillo y Lola González Ruiz en los últimos años de la dictadura franquista, aparece uno de esos curas que

ofrecían sus parroquias de barrio a las asociaciones de vecinos para defender sus derechos. Solo los que hemos superado los sesenta años sentimos nostalgia de esa clase de sacerdotes, casi extinguidos en España por una jerarquía alineada con la contrarreforma de Wojtyla y Ratzinger. **Cuando desaparezcan figuras como Jorge Dompablo o Javier Baeza, solo quedarán presbíteros más afines a Lefebvre que a Prevost o Francisco.** Es un panorama desolador, salvo para los que quieren desactivar el potencial transformador del mensaje cristiano. ¿Es imposible revertir esa tendencia, que solo garantiza la deriva de la Iglesia hacia un fundamentalismo antidemocrático?